

sas humanas, que el consejo de una multitud de estultos. <sup>1</sup> No hagais pues esta injusticia á los ejemplos y á la doctrina de Jesucristo, de preferirle en la práctica, como lo habeis hecho hasta ahora, los ejemplos y los axiomas del mundo.

3.—A los eclesiásticos encargados de velar no solamente por su salvación sino también por la del prójimo, es necesario, más que á los otros, imitar á Jesucristo oponiéndose á las máximas del mundo, primero por los actos, y después por las palabras; pues de otra manera edificareis con una mano y destruiréis con la otra. «El que haya practicado y enseñado, ese será llamado grande. <sup>2</sup> » San Dionisio Areopagita dice que los sacerdotes deben ser « santos y santificadores, perfectos y perfeccionadores, ilustrados é ilustradores. <sup>3</sup> » Si vos estimais las máximas del mundo, nunca inspirareis el desprecio de ellas á los demás; vuestras palabras serán como un cañón cargado con pólvora y sin bala, que hace ruido pero no hiera. San Pablo obraba de otro modo, y así podía decir á los Corintios: « Mi discurso no consiste en las palabras persuasivas de la sabiduría humana, sino en la manifestación del espíritu. <sup>4</sup> » Si vos sois avaro, ¿cómo inspirareis el desapego á las riquezas? Si vos teneis tanto apego á vuestra reputación, ¿cómo persuadireis á los otros á renunciar á ella? « Ninguno dá lo que no tiene. <sup>5</sup> » « Quien no está encendido no enciende. <sup>6</sup> » Pedid aquí perdón al Señor, si alguna vez con vuestras acciones habeis destruido lo que enseñabais por vuestras palabras, y prometedle oponeros como él á las máximas del mundo, primero por el ejemplo y en seguida por la doctrina. Terminad la meditación implorando el auxilio divino por la oración siguiente:

<sup>1</sup> Stultorum infinitus est numerus. Eccli. I, 15.

<sup>2</sup> Qui fecerit et docuerit, hic magnus vocabitur. Matth. V, 19.

<sup>3</sup> Sacri et sacantes, perfecti et perficientes, illuminati et illuminantes.

<sup>4</sup> Sermo meus non in persuasibilibus humanæ sapientiæ verbis, sed in ostensione spiritus. I. Cor. II, 4.

<sup>5</sup> Nemo dat quod non habet.

<sup>6</sup> Qui non ardet, non incendit. S. Greg.

*Deus qui generi humano Filium tuum Unigenitum Doctorem vitæ tribusti, da quaesumus et quod egit imitatione complere. Per eundem Dominum nostrum, etc.*

LECTURA. Imit. I, 1, 2: III, 4, 13.

## XV MEDITACION

De las predicaciones de Jesús.

OCTAVO DÍA.

ORACIÓN PREPARATORIA.

1. *Preludio.*—Imaginaos que veis al Redentor recorriendo á pié los pueblos, las aldeas y las ciudades de la Judea, predicando su doctrina evangélica, enseñando á las multitudes, instruyendo más particularmente á sus apóstoles para hacer de ellos los maestros del mundo; y atraídas por la suavidad de su palabra y por la grandeza de sus milagros, las multitudes acuden á porfía para escucharle.

2. *Preludio.*—Pedid á Jesús que encienda en vuestro corazón un santo celo por la salvación de las almas; y con este fin decidle: « El celo de vuestra casa me ha devorado, y los ultrajes de aquellos que os insultan han caído sobre mí: <sup>1</sup> » ó bien: « El desfallecimiento me abruma á la vista de los pecadores que abandonan vuestra ley; <sup>2</sup> » ó esta otra: « Nó es á nosotros, nó es á nosotros, Señor, sino á vuestro nombre, al que se debe dar la gloria. <sup>3</sup> » Estas son las oraciones jaculatorias para la mañana.

Esta meditación comprende tres puntos: 1.º el fin, 2.º los medios, 3.º los frutos de la predicación de Jesucristo.

<sup>1</sup> Zelus domus tuæ comedit me; et opprobria exprobrantium tibi ceciderunt super me. Ps. LXVIII, 10.

<sup>2</sup> Defectio tenuit me pro peccatoribus derelinquentibus legem tuam. Ps. CXVIII, 53.

<sup>3</sup> Non nobis Domine, non nobis, sed nomini tuo da gloriam. Ps. CXIII, 1.

## I

Considerad que durante los tres años de su predicación, no tuvo Jesús otro fin, ni buscó otra cosa que la gloria de Dios y la salvación de las almas. Examinad bien, si es este el único fin que pretendéis en los empleos eclesiásticos en donde habeis sucedido á Jesucristo para glorificar á Dios y salvar al prójimo.

I.—Jesús en su predicación buscaba la gloria de su Padre y nó la suya. Los honores que se tributaban á su humanidad, los refería todos á Aquel que lo había enviado; y dice en público: «Yo no busco mi gloria, sino la gloria de Aquel que me ha enviado. <sup>1</sup> » No buscaba pues, en sus discursos, los aplausos, la admiración, las alabanzas, ni una recompensa, y en verdad, que nó porque sus discursos nó tuviesen grandes méritos; pues Jesús era digno de toda gloria, por sus cualidades naturales, y más todavía por sus cualidades sobrenaturales. El Verbo, unido hipostáticamente á su naturaleza humana, hacía todas sus operaciones realmente teándricas: y el amable atractivo de su conversación, la caridad con la cual acogía á los pecadores, la beneficencia, de que tan milagrosas pruebas daba por todas partes por donde pasaba. «Pasó haciendo el bien y curando; <sup>2</sup> » la rectitud de sus procedimientos, rectitud que le valió este elogio: «Hizo bien todas las cosas; <sup>3</sup> » todo esto podía asegurarle tanta gloria humana, cuanta pueden desear los más grandes ambiciosos: mas sin cuidarse de esta gloria, únicamente pensaba en glorificar á su Eterno Padre, reservando para sí, los desprecios, los malos tratamientos, los dolores y la muerte. ¿No os parece que Jesús, en cuanto hombre, cumplió perfectamente las obligaciones de un siervo fiel, todo aplicado,

<sup>1</sup> Non quero gloriam, meam, sed ejus qui misit me. Joan. VIII, 50

<sup>2</sup> Pertansit benefaciendo et sanando, Act. X, 38.

<sup>3</sup> Bene omnia fecit, Marc. VII, 37.

nó á sus intereses propios, sino á los intereses y al honor de su Padre? Cuando fué transportado por el demonio á la cima del templo, y oyó que le decía: «Si eres el Hijo de Dios arrójate hacia abajo; <sup>1</sup> » entonces fué tentado de vanagloria, como observa San Cipriano obispo; «El espíritu del mal pensaba triunfar por la vanagloria de Aquel que no había podido vencer por la comida. <sup>2</sup> » Mas Jesús nó se dejó seducir por los esplendores terrenos, porque tenía por fin, nó su propia gloria, sino la gloria de su padre. <sup>3</sup>

2.—Otro fin inmediato, aunque subordinado á la gloria de Dios, impulsaba al Redentor á predicar el Evangelio; y era la salvación de las almas. La divina Escritura nos lo asegura en muchas ocasiones: «El hijo del hombre ha venido á buscar y á salvar lo que había perecido. <sup>4</sup> » «El Cristo ha venido á este mundo para salvar á los pecadores. <sup>5</sup> » En su santo ministerio nó procuraba proporcionar algunas ventajas á su humilde familia, ni proveer de bienes temporales á sus parientes, á sus amigos, ó á los que dependían de él. Si aceptaba de las personas piadosas alguna limosna para vivir, si algunas veces era invitado á las comidas y á las bodas, en fin, si recibía la hospitalidad en la casa de Zaqueo, ó en la de la Magdalena después de su conversión, nó era sin embargo este el fin que se había propuesto en sus predicaciones: pensaba en la salvación de las almas, y más particularmente en la salvación de los pecadores, aunque éstos fuesen menos dignos de su caridad. Nó se desdenaba de tratar con todos estos enemigos, aunque pudiesen ocasionarle muchos disgustos ó aun causarle horror, los unos por sus enfermedades corporales, y los otros aun más por sus enfermedades espirituales: bastaba que tuviesen necesidad de él

<sup>1</sup> Si Filius Dei es, mitte te deorsum. Matth. IV, 6.

<sup>2</sup> Putabat malignus quem gula non vicerat, vana gloria superare.

<sup>3</sup> Non quero gloriam meam, sed ejus qui misit me. Joan. VIII, 50.

<sup>4</sup> Venit Filius hominis querere et salvum facere quod perierat. Luc. XIX, 10.

<sup>5</sup> Christus venit in hunc mundum peccatores salvos facere. I. Tim. I, 15.

para que se dedicase á instruirlos, á dirigirlos y á ponerlos en el camino de la salvación.

3.—Examinad ahora si la gloria de Dios y la salvación de las almas son los únicos motivos que os inspiran el celo de ejercer los ministerios de vuestro estado eclesiástico, de celebrar, de confesar, dar consejos, instruir, y asistir á los moribundos. ¿No seríais tal vez de aquellos que en los empleos eclesiásticos, buscan su propia gloria? San Gregorio, *lib. 27 Mor. cap. 17*, los llama «*Adúlteros*,» en la explicación que dá de estas palabras del Apóstol, «corrompiendo la palabra de Dios.<sup>1</sup>» El esposo legítimo quiere los hijos, el adúltero busca sólo su deleite. Así el buen eclesiástico procura adquirir los hijos espirituales que darán gloria al Señor, según el pensamiento del Apóstol: «Yo os he engendrado en Jesucristo por el Evangelio.»<sup>2</sup> El eclesiástico ambicioso, pretende encontrar en el ejercicio de sus ministerios, su propia satisfacción y un medio de establecer su reputación.

Así pues, los santos llaman á la vanagloria una lujuria espiritual; y San Agustín reconoce otra malicia en la conducta de estos eclesiásticos ambiciosos; los llama asesinos y ladrones del honor de Dios. En los ministerios sagrados hay dos cosas; la utilidad del mérito y el hermoso lado del honor: Dios nos deja la primera ventaja, y se reserva la segunda: «A Dios sólo honor y gloria.<sup>3</sup>» Mas el eclesiástico vano, buscando en sus obras sólo su reputación, pierde para sí el primer provecho y roba á Dios el segundo. Parece que habla Dios de esos eclesiásticos, que nó buscan la gloria de Dios ni la salvación de las almas sino sólo su interés cuando dice: «El ladrón no viene mas que para robar.<sup>4</sup>» «Yo he venido para que ellos tengan la vida y que la tengan muy abundante.<sup>5</sup>» Pensad que el tesoro del cual teneis el honor de ser los dispensadores, es el tesoro de Dios: Dios es el due-

1 Plurimi adulterantes verbum Dei. II. *Cor.* II. 17.

2 In Christo Jesu per Evangelium ego vos genui, I. *Cor.* IV. 15.

3 Soli Deo honor et gloria. I. *Tim.* I. 17.

4 Fur non venit, nisi ut furetur. . . .

5 Ego veni, ut vitam habeant, et abundantius habeant. *Joan.* X. 10.

ño, y vosotros no sois mas que un instrumento. Desgraciado de vos si haceis servir para vuestra gloria lo que os fué dado para servir á la gloria de Dios. «Desgraciados de ellos si se sirven para su vanagloria de lo que han recibido para provecho de Dios: que tiemblen al leer las palabras del profeta Oseas: «Yo le he dado la plata y la he multiplicado en sus manos, así como el oro del cual han hecho una estatua de Baal.<sup>1</sup>» ¡Oh! si alguna vez hubiéseis levantado en vuestro corazón este ídolo de la vanidad, arrojadlo por tierra, hacdedlo pedazos y sobre sus ruinas escribid: «Nó es á nosotros, Señor, sino á vuestro nombre, á quien se debe dar la gloria.<sup>2</sup>»

4.—Si en vuestros empleos eclesiásticos, teneis por fin, no las ventajas espirituales de las almas, sino vuestras ventajas temporales, sereis tanto más dignos de reprobación, pues hareis servir las cosas sagradas para procurar los bienes de la tierra que son muy inferiores. Por ejemplo, si celebráseis el Santo Sacrificio por interés del honorario; si os prestáseis á confesar á los ricos, á asistir á los moribundos acaudalados, rehusando prestar los mismos servicios á los pobres, porque de éstos no esperais alguna recompensa temporal como de los otros; si vuestro fin fuese enriquecer á vuestra familia y hacer la fortuna de vuestros sobrinos. No es este el ejemplo que os ha dejado el Salvador: pues habiendo sido llamado á curar al hijo de un pequeño rey, no quiso Jesús ir á su casa como lo hace observar San Ambrosio, «á fin de no parecer que era conducido á la casa del hijo del rey, por motivo de las riquezas.»<sup>3</sup> Por el contrario, se ofreció á ir á la casa del centurión para curar á un criado, para que no pareciese que rehusaba molestarse por un pobre. El indigente, lo mismo que el rico, tiene una alma preciosa, rescatada por la san-

1 Væ si convertant ad inanem gloriam, quod ad lucra Dei acceperunt: paveant quod in propheta Osee legitur: Argentum multiplicavi ei, et aurum quæ fecerunt Baal. *Bern. Serm. 45 Sup. Cant.*

2 Non nobis, Domine, non nobis, sed nomini tuo da gloriam. *Ps. CXIII. 1.*

3 Ne in reguli filio vidèretur magis divitiis detulise. *Urb. 5 Sup. Luc.*

gre del Redentor; así es que no debeis ser menos solícito en ayudar al primero que al segundo: y aun debeis, con más gusto, venir en auxilio del primero que del segundo, porque en el primero resplandece más la imagen de Jesucristo, el cual, siendo rico se ha hecho pobre por nosotros. <sup>1</sup> En la asistencia que prestéis á los pobres, encontrareis ordinariamente, menos peligro y mayor provecho: pues los pobres eran los que sacaban mayor provecho de la predicación de Jesús, como el mismo Salvador le envió á decir á San Juan Bautista. «Los pobres son evangelizados.» <sup>2</sup> Particularmente aquellos que tienen cargo de almas, deben también ser advertidos de no escandalizarlos: si sois del número de los pastores, examinaos en esto: y si os encontrais con culpa, confundíos, y tomad la resolución, para el porvenir, de acudir con tanta voluntad al auxilio de los pobres como al auxilio de los ricos: pues en los pobres, no menos que en los ricos, descubriréis el motivo que debe inspirar todo vuestro ministerio eclesiástico. Entonces podreis decir con el Apóstol: «Yo no busco vuestros bienes, sino vuestras personas.» <sup>3</sup>

## II

Considerad los medios empleados por Jesús para realizar su proyecto de dar gloria á Dios y de salvar al mundo por la predicación del Evangelio. Estos medios fueron de dos clases: el sufrimiento personal y la elección de otros hombres que debían concurrir con él á derramar la semilla de la palabra divina.

I.—El Salvador habría podido servirse de su soberano poder en la conversión de los pecadores: sin fatiga ninguna habría podido volver á crear el mundo como lo había hecho ya

<sup>1</sup> Qui cum dives esset, propter nos egenus factus est. II Cor. VIII. 9.

<sup>2</sup> Pauperes evangelizantur. Matth. XI, 15.

<sup>3</sup> Non quero, quæ vestra sunt, sed vos. II Cor. XII, 14.

una vez; pero no quiso hacerlo así. Quiso emplear para este fin, como medios, sus fatigas, sus sudores, sus viajes, sus vigiliass, el agotamiento, las oraciones, los ayunos, el hambre, la sed, y otras incomodidades que soportó siempre con heroica paciencia. En cambio de las almas, aceptó las ofensas, las injurias, los ultrajes, las calumnias, las ingratitudes, las persecuciones, las traiciones y la muerte: de este modo quiso mostrar cuán excelente, cuán importante es la empresa que llevó á cabo de extender la gloria de Dios y conducir á las almas al cielo, pues para obtener este fin consideró por bien empleados tantos sacrificios. Recorred con el pensamiento algunas de las circunstancias de la vida del Salvador, en las que manifestó Jesús por sus sufrimientos cuán queridas le eran la gloria de su Padre y la salvación de las almas. Podeis fijaros en particular en lo que aconteció en la conversión de la Samaritana: Caminando á pie, hacia el medio día, en lo más fuerte del calor, llega Jesús agotado de fatiga y de hambre, inundado de sudor, devorado de la sed, al pozo de Sicar: espera allí á la Samaritana, que era una mujer de baja condición, una mujer pobre, puesto que venía de la ciudad á sacar con sus manos el agua del pozo. ¿Qué decís á la vista de este cuadro? ¿No os parece que en esta circunstancia os muestra Jesús claramente qué cosa tan estimable es ganar una alma para Dios? Y vos os quejareis á la primera incomodidad que se presenta, cuando se trata de servir á Dios y de ayudar al prójimo! Padeceis mucho más, y sin dificultad, por cosas de nada, por vanidad, por una ganancia temporal, por adquirir un gran beneficio, por salir bien en un concurso: y para conseguirlo, consagrareis las noches al estudio, palidecereis sobre los libros, y escribireis muchas resmas de papel. Y para ganar una alma para Dios, sentireis fastidio de oír á una penitente cuya confesión es demasiado larga; recibireis con frialdad á un pobre pecador que viene á pedir os consejo en las aflicciones de su conciencia; os faltará ánimo para velar una noche á la cabecera de un moribundo; y acabareis tal vez por ir con disgusto en los días de

fiesta á enseñar la doctrina cristiana á los niños. Jesús no excusó ningún trabajo para ganar vuestra alma; y vos, para ganar la de vuestro prójimo, os poneis en guardia contra todo lo que puede incomodaros. Mirad pues, bien, cuales son los trabajos que pudiérais emprender, y que los evitais por el amor que os teneis, en lugar de abrazarlos generosamente, cuando veis que por ellos sería Dios glorificado y el prójimo socorrido. Tomad la resolución de emprenderlos con ardor y decid resueltamente como San Pablo: «En cuanto á mí, lo daré todo con mucho gusto y me daré á mí mismo por vuestras almas.»<sup>1</sup>

2.—No quiso Jesús estar solo en el noble y sublime oficio de salvar á las almas; sino que asoció á este honor, primero á las doce apóstoles, y después á los setenta y dos discípulos: éstos fueron sus auxiliares en esta empresa tan alta. Escogió el Redentor por compañeros, personas inhábiles, hombres notoriamente inferiores á la gran misión que les confiaba; eran la mayor parte pescadores sin inteligencia y muy ignorantes. Con esto quería que se comprendiese bien, que la propagación de la fe no se apoyaba sobre las industrias ni sobre la habilidad humana, sino sobre la virtud divina. Mas como Dios no impone una carga sin comunicar las fuerzas necesarias para llevarla, ni da el oficio sin el talento necesario para desempeñarlo; Jesús comunicó á sus discípulos las aptitudes requeridas para esta grande obra. Les dió el poder de curar las enfermedades, de arrojar á los demonios, no menos de los cuerpos, por el don de los milagros, que de las almas por los dones del Espíritu Santo: pues los apóstoles recibieron estos dones con mayor abundancia en el día de Pentecostés. Aquí pensad un poco en los auxiliares que escogéis para los sagrados ministerios; como son los vicarios, los capellanes, los clérigos, los sustitutos: pues si tuviérais el poder de darles la habilidad que necesitan, podríais como Jesús escoger unos auxiliares ineptos, para después

<sup>1</sup> Ego me libentissime impendam et superimpendar pro animabus vestris. II Cor. XII, 15.

hacerlos á propósito para desempeñar sus oficios; mas como no teneis este poder, guardaos de confiarles cargos demasiado pesados para sus débiles fuerzas. No os dejéis llevar, para aceptarlos como vuestros auxiliares, ó por primera impresión, ó por los deseos de vuestros parientes, ó por las recomendaciones de personas notables. Debeis tener firmeza para negaros; y cuando hayais faltado en un negocio de tanta importancia, llorad el error que habeis cometido, y corregidlo lo más pronto posible. Tendríais escrúpulo, y con razón, de indicar á un enfermo que padece, en su cuerpo, un médico inhábil, ¿y no sentiríais remordimiento de indicar á un enfermo que padece en el alma, un médico más hábil para arruinar esta alma que para curarla? Pesad bien este punto porque es de grande importancia.

El Salvador dió muchas instrucciones á sus apóstoles, y por ellos á sus sucesores en el ministerio apostólico, para ganar las almas para Dios. Podeis leerlas en San Mateo, en el capítulo X: mas yo os propongo que consideréis solamente el primero y el último consejo. El primero os dice: «Lo que habeis recibido gratis, dadlo gratis.»<sup>1</sup> Si no aprovechais este consejo, nunca podreis hacer bien al prójimo: pues no hay cosa que ofusque tanto á los seglares, como el ver que el objeto de las preocupaciones de un eclesiástico es, no su bien espiritual, sino el interés pecuniario. ¿Cómo podreis persuadir á los demás que deben estar despegados de unos bienes que pasan, y cómo hareis que se eleven á los pensamientos de la eternidad, si os ven tan apegado al dinero, y os creen incapaz de cumplir vuestro deber por otro motivo? Bien lo comprendió San Ignacio, cuando prohibió á sus religiosos, consagrados á salvar las almas, que recibieran, á menos de una grave necesidad y con dispensa momentánea de la Silla Apostólica, honorarios de misas, retribuciones por la enseñanza, ó por la sepultura en las iglesias de la Orden. Que reine la avaricia en los almacenes, en las oficinas que hacen profesión de ello, en los bancos; mas no hay para

<sup>1</sup> Gratis accepistis, gratis date. Math. X, 8.

qué venga á hacer su nido entre los lienzos sagrados y las estolas pastorales; pues de otra manera nó habría que esperar ningún fruto de nuestras exhortaciones espirituales. Todos los días recitad este versículo: «Inclinad mi corazón hacia vuestros mandamientos y no á la avaricia.»<sup>1</sup> Decidlo pues de corazón ahora y siempre; y protestad delante de Dios que no quereis otra recompensa por vuestras fatigas, mas que solo Dios: «Dios de mi corazón, Dios que sereis mi herencia por toda la eternidad.»<sup>2</sup> —Pasemos al otro consejo que dió el Salvador á los apóstoles. Jesús les recomienda que no se pierdan á sí mismos queriendo ayudar á los otros; porque de nada serviría ganar el universo entero si perdiesen su alma.<sup>3</sup> La caridad bien ordenada comienza por sí mismo; y Jesús nos ha dejado el ejemplo: porque aunque no tuvo ninguna necesidad de cultura espiritual, no obstante, para nuestra instrucción, se retiraba para hacer oración, ya al desierto, durante toda una cuarentena; ya en el día al templo, ya por la noche á algún lugar solitario. Así pues, vuestro primer cuidado debe ser, guardaros vos mismo, y después guardar á los demás; de este modo no tendrán que decir de vos: «Me constituyeron guardia de las viñas; y mi propia viña nó la guardé.»<sup>4</sup> Desgraciado de vos si estuviéseis en este caso; pues seriais, según dice el Papa San Nicolás, como una antorcha que alumbrá á los demás, consumiéndose ella misma.<sup>5</sup> Sed como una taza de fuente, dice San Bernardo, (*Serm. 78 in Cant.*) y nó como un canal; pues un canal transmite toda el agua que recibe sin guardar nada para sí. Predicad la mansedumbre, la devoción, la paciencia, la humildad, pero guardad dentro de vos

<sup>1</sup> Inclina cor meum in testimonia tua et non in avaritiam. Ps. CXVIII, 36.

<sup>2</sup> Deus cordis mei et pars mea Deus in æternum. Ps. LXXII, 26.

<sup>3</sup> Quid prodest homini, si universum mundum lucretur, animæ vero suæ detrimentum patiat. Matth. XVI, 26.

<sup>4</sup> Posuerunt me custodem in vineis, vinea n̄ meam non custodivi. Cant. I, 5.

<sup>5</sup> Sicut fax accensa quæ sibi detrimentum præstat, aliis lumen in tenebris. C. Sciscitantib. XV, 9, 8.

estas virtudes; y fijad en vuestro espíritu esta máxima: «Es menester que observemos con más cuidado las cosas que hemos oído, por temor de que las dejemos derramar.»<sup>1</sup>

### III

Considerad que muchas veces no sacaba Nuestro Señor ningún fruto de su predicación. En consecuencia, no debeis dejar de consagraros al bien de las almas, aunque os conste que son estériles vuestras fatigas.

I.—Debeis fijaros en lo que dice San Agustín (*Cont. Cresc.* c. 8), que Jesús trató muchas veces delante de los Fariseos, los Saduceos y los Judíos, de varias materias que concernian á su salvación, ya interrogándolos para convencerlos por sus mismas respuestas, ya contestando á las preguntas que le hacían para tentarlo: y sin embargo, preveía que sus pláticas quedarían sin resultado. No encontramos en el Evangelio que ninguna de sus pláticas ó sermones en el templo, en los caminos, en la mesa, haya sido seguido de la conversión de los pecadores: además, como dió á los apóstoles el poder de hacer milagros más grandes que los suyos, así leemos que las conversiones obradas por los apóstoles fueron más numerosas que las que obró el mismo Jesucristo. Por esto quiso darnos á entender que no debemos renunciar á nuestros ministerios aun cuando nó sacásemos ningún fruto de nuestras fatigas.

2.—No hay pues que dejar de trabajar en la viña del Señor porque creais que vuestros sudores son perdidos. No son de ninguna manera inútiles los llamamientos, los consejos, los sermones que dais á los pecadores, aunque por otra parte nó veais el fruto de ellos: pues estos sirven para tres fines.—1) En primer lugar, contribuyen á la gloria de Dios; pues de este modo, la misericordia de Dios es exaltada y su

<sup>1</sup> Abundantius oportet nos observare ea quæ audivimus, ne forte perefluamus, Hebr. II, I.

justicia justificada. Así como las hermosas fuentes que derraman el agua en abundancia, aun cuando no haya nadie que la recoja, testifican la grandeza de una ciudad; así la grandeza de la misericordia divina pide que el agua de la doctrina evangélica, corra y se derrame, aunque se pierda mucha por falta de almas que estén dispuestas á recibirla. Por otra parte la justicia divina se justifica ya en vista del juicio final. «A fin de que seais justificado en vuestras palabras y salgáis victorioso en los juicios que de vos se formen.»<sup>1</sup> En efecto, entonces Jesucristo podrá mostrar á los réprobos, que nó tuvieron ninguna excusa, puesto que no faltó quien les advirtiera, aun cuando estaban en medio de sus maldades. ¿Y creeríais hacer poca cosa, cuando servís la causa de Dios justificando su Providencia?—2) En segundo lugar, son útiles al prójimo: porque si no veis luego el fruto de la semilla evangélica que derramais, ¿quién sabe si á su tiempo llegareis á verla? El sembrador tampoco vé en seguida brotar el grano en espigas bien llenas, pero á su tiempo será una buena cosecha. El dolor de una herida no se deja sentir inmediatamente después del golpe; así, á lo menos, por el efecto de vuestras palabras se abstendrán los pecadores algunas veces de pecar. ¿Y nó es muy bien empleada la fatiga, que llegue á impedir un solo pecado? No se deja vaciar la bodega de un navío porque se sabe que poco después le entrará otro tanto de agua.—3) Finalmente, serán ventajosos á vosotros mismos; porque si vuestros trabajos nó sirven á los otros, vos habreis cumplido con vuestro deber; y habreis adquirido muchos méritos. Nó se os pide que lleveis á impedir las culpas, sino solamente que apliqueis los medios para impedir las: nó sois pastor de las almas para sanarlas, sino para tener cuidado de ellas.<sup>2</sup> «Si te ha establecido presidente, ten cuidado de ellos.»<sup>3</sup> La recompensa que

<sup>1</sup> Ut justificeris in sermonibus tuis, et vincas eum judicaris. Ps. L, 6.

<sup>2</sup> Curam exigeris non curationem, *dice S. Bernardo al Papa Eugenio*, 1, 4. de Confid.

<sup>3</sup> Rectorem te posuerunt, curam illorum habe. Eccli. XXXII, 1.

recibireis nó será en proporción del fruto que hayais producido en el prójimo, sino que será medida por vuestros trabajos. † La obstinación de los otros en el pecado no es un perjuicio para vos; todo lo contrario; esta misma obstinación contribuirá á aumentar vuestro mérito y vuestra recompensa. Además, vuestro trabajo junto con el dolor de nó ver el fruto de él, constituye una causa de mayor perfección: así como el orar en medio de la aridez y de la desolación, merece más que el hacer oración en medio de las consolaciones espirituales. Excitaoos pues, á sacrificaros por Dios y por la salvación de las almas, sea cual fuere el resultado que deban tener vuestros trabajos.

*Protege nos Domine tuis mysteriis servientes, ut divinis rebus inhaerentes et corpore tibi famulemur et mente. Per Christum, etc.*

LECTURA. Imit. I, 3; III, 3.

## XVI MEDITACION

Jesucristo en el Huerto de Gethsemaní.

OCTAVO DÍA.

ORACIÓN PREPARATORIA.

I. *Preludio*.—Representaos á Jesucristo en el huerto de Gethsemaní, lleno de tristeza, derramando por todo el cuerpo un sudor de sangre. Entra en el huerto una tropa de enemigos conducida por un traidor. El Salvador se adelanta al encuentro de Judas y le abraza, y los discípulos llenos de miedo viendo á su maestro en poder de los soldados, le abandonan huyendo vergonzosamente.

<sup>1</sup> Unusquisque mercedem accipiet secundum suum laborem, I. Cor. III, 8.